

El misterioso caso de la pintada del 1ºA

Susana
Rico

Dibujos de
Pam
López



¡Tonto el último!

—¡Tonto el último! —grité a la salida del colegio, cogiendo a mi hermano gemelo por sorpresa.

La verdad es que si hubiese sabido lo que iba a ocurrir, no habría echado a correr de esa manera. Habría esperado a Rafi y hubiésemos caminado los dos juntos hasta casa. Pero, claro, no podemos ver el futuro y eso es una lata.

Mi colegio está bastante cerca de donde vivimos, solo tienes que cruzar dos calles y, puesto que ahora hay dos policías que controlan el tráfico a las horas en las que entramos y salimos de clase, mi

madre nos deja ir y venir solos. Bueno, en parte también es porque la rana le da mucho trabajo.

Eché a correr y no paré hasta entrar en el portal de mi casa. Allí me detuve y disimulé mis prisas al ver al señor presidente de la comunidad. En el portal está prohibido correr. Al cruzármelo, le deseé buenas tardes muy educadamente y a Viqui, su hija, la saludé con un mohín que, obviamente y sin que la viera su padre, me devolvió. Era extraño que no hubiese sido ella la primera en ponerme mala cara.

—¡Un momento, papá! ¡Se me ha desatado un zapato! —le alertó Viqui.

La puerta, de madera maciza, estaba abierta de par en par, por lo que la vi sentarse en el escalón del portal y llevarse las manos al zapato. ¡No tenía cordones! ¡Qué mentirosa! Giró la cabeza hacia mí, enarcó las cejas al tiempo que me miraba, arrugó la boca y me enseñó un dedo corazón tan tieso como un poste de teléfonos.

—¡Mujeres! —exclamé sin hacerle el menor caso y continué con mi ascenso.

Oí unas nuevas pisadas en el portal, di un paso atrás y asomé la cabeza para comprobar si eran las de Rafi. No, se trataba de Mateo, mi



vecino de arriba, que estaba abriendo el buzón. No quise entretenerme más y eché a correr para subir el resto de las escaleras a toda velocidad.

Mi bloque no tiene ascensor. Es un edificio antiguo, de esos que siempre están muy oscuros y tienen los escalones pulidos de tanto subir y bajar. Tiene solo tres pisos más la azotea y un sótano. La primera planta es también el bajo y nosotros vivimos en la segunda, concretamente en el segundo A, encima de doña Juana y doña Paulina, que son también hermanas, pero no gemelas; debajo de Mateo, un tío estupendo a pesar de ser maestro, y enfrente de la *Moncloa*, o la niña de los mohines y su señor padre.

Iba mirando al suelo para no resbalarme, aunque, eso sí, tan deprisa que poco me faltó para darme un batacazo contra la voluminosa barriga de doña Paulina. Mi vecina venía de la azotea con un cesto de ropa apoyado en la cintura.

—¡Uy, chico, ten cuidado, que casi me haces caer! —me reprendió.

—Perdone —repuse, y me eché hacia la derecha al mismo tiempo que ella se echaba hacia el mismo lado. Di un paso entonces hacia mi izquierda y ocurrió lo mismo. Nos echamos unas risas y

me pegué a la pared para dejarle paso junto a la baranda.

—No te arrimes tanto a la pared, que te vas a manchar de cal.

Me miré el hombro y, en efecto, mi sudadera azul marino ya tenía lamparones blancos. Me los sacudí y el polvillo que me entró en la nariz me provocó un estornudo.

—Usted también se ha manchado, doña Paulina —señalé las manchas blancas que tenía su falda negra, ancha y larga, en una de sus nalgas.

Arrugó la frente.

—¿Ves lo que te decía? ¡Esta pintura es un asco!

Se sacudió la falda con la palma de la mano, con lo que el polvo quedó flotando en el aire y se apresuró a descender.

Solo me faltaba un tramo de escaleras para llegar a mi casa y lo subí como una nave estelar traspasando la barrera del sonido. Abrí la puerta con la llave, la cerré detrás de mí y eché la cadena. Fui directo a la cocina a por un taburete, lo llevé hasta la puerta y me subí en él para ver llegar a Rafi cómodamente por la mirilla. Tenía pensado pedirle dos euros a cambio de dejarle entrar. Ja, ja. ¡Cómo me divierte hacerle rabiar!

—Alfon, ¿eres tú? —la voz de mi madre me llegó desde alguna habitación. Si había voceado es que la rana estaba despierta y, si la rana estaba despierta, es que el timbre podía estar sonando hasta que mi hermano me prometiera darme los dos euros o, por lo menos, hasta que mi madre se pusiera a dar gritos.

La rana es su hija, quiero decir, hija de mi madre y de Pablo. Es tan fea que, cada vez que la miro, me parece ver una rana a pesar de no ser verde. De veras, solo le falta croar.

—¡Sí, mamá, soy yo! —respondí.

Pasaron cerca de diez minutos y aún me encontraba escudriñando inquieto a través de la mirilla. Y mi hermano que no aparecía. ¿Por qué tardaba tanto?

Entonces oí su voz y también la de doña Juana, algo elevadas de tono. Intenté ver algo, pero el pequeño orificio no daba más de sí, por lo que desencajé la cadena y abrí la puerta para enterarme de lo que ocurría.

Mi vecina, tan larga y estirada como el palo de una fregona, traía a Rafi de una oreja. Las dos hermanas tampoco se parecen entre sí físicamente. Bueno, las dos tienen el pelo blanco y los ojos

negros, y rondarán los sesenta años, pero doña Paulina es regordeta y bajita como una madalena.

—¿Y tu madre? —me preguntó al verme. Me dio la impresión de que su nariz aguileña se curvaba todavía más al hablar.

—¡Mamááá! —voceé—. ¡Ahora suelte a mi hermano!

—¡Ni lo sueñes! Antes tengo que hablar con tu madre. ¡Menuda gamberrada! ¡A la cárcel os deberían mandar y no al colegio!

—¡Yo no he sido! ¡Aaayyy! ¡Ya le he dicho que yo no he sido! —repetía mi hermano.

—¿Qué ocurre? —inquirió mi madre viniendo por el pasillo con la rana en brazos. Antes de que nadie tuviera tiempo para responder, sus ojos se posaron en los de mi hermano—. ¿Qué has hecho esta vez, jovencito? —preguntó.

—¿Que qué ha hecho? —Doña Juana se toqueteó el pelo, como si con los tres kilos de laca que llevaba encima pudiera escapársele algún mechón—: ¡Anda, cuéntaselo a tu madre! —le animó nuestra vecina.

—¡Que yo no he sido! —protestó Rafi.

—¡Sea lo que sea, él no lo ha hecho! —lo defendí yo.

–¡Tú te callas! –me reprochó mi madre.

Doña Juana soltó la oreja de mi hermano y Rafi se refugió detrás de mí. Estaba a punto de llorar. Le di la mano.

–¿No se lo dices? Ahora callas, ¿verdad? ¡Mire! –dijo mi vecina arrugando los labios. Sujetaba algo entre los dedos.

–¿Una tiza? –inquirió mi madre, no muy segura.

–¡Y menos mal! ¡Si llega a ser un rotulador me habrían tenido que comprar una puerta nueva!

–Pero ¿qué ha hecho? –insistió mi madre.

–¡Venga conmigo! –exigió doña Juana–. ¡Tiene que verlo con sus propios ojos! –De pronto, se paró en seco y se miró la pierna–. ¡Vaya! ¡Se me ha hecho una carrera en la media! Si no hubiese tenido que subir hasta aquí... ¡Por vuestra culpa, mequetrefes! ¡Usted no tiene hijos, usted tiene dos gamberros! ¡Dos criminales! ¡Dos delincuentes! ¡No sabe cómo la compadezco!

Yo empecé a caminar detrás de mi madre, pero ella se dio media vuelta.

–¡Quedaos aquí! –me dijo.

–¡Jo, mamá! ¡Yo quiero...!

–¡He dicho que os quedéis aquí! –Noté que sus ojos ardían. Y, cuando en los ojos de mi madre

aparece una especie de llama diminuta, es mejor obedecerla por lo que pueda pasar.

—Eso, eso, que se queden ahí, que como los vuelva a ver frente a mi puerta, me da un telele. ¡Van a tener que pagarme el entierro, se lo aviso!

Vi cómo mi madre se detenía frente a la puerta de nuestras vecinas del primero A y mantenía la vista fija en ella. Sin pronunciar una palabra, cerró levemente uno de sus ojos, cosa que suele hacer cuando algo le molesta.

Entonces, don Antonio salió de su primero B y también se quedó mirando la puerta de sus vecinas de enfrente. Finalmente, este comenzó a reírse. Al principio, muy bajito, pero pronto las carcajadas subieron de volumen y terminó abrazándose el estómago y dándose palmadas en las rodillas. Enormes lagrimones brotaron de sus ojos.

Con su risa contagiosa me dieron ganas a mí también de troncharme, pero me reprimí porque mi hermano seguía con las pupilas demasiado brillantes.

—No se lo tome tan en serio, hombre —dijo don Antonio—, que solo ha sido una chiquillada. Si supiera las gamberradas que hacía yo de joven. Ja, ja, ja. Además, lo que pone es cierto. ¡Ay, esta

mujer qué poco sentido del humor tiene! –Y se metió en su casa sin dejar de reírse.

–¡Sinvergüenza! –le amonestó doña Juana–. ¡Es usted otro criminal!

–Pero ¿qué has hecho? –le pregunté a Rafi girándome hacia él.

–Tú tampoco me crees, ¿verdad? ¡Yo no he sido!

–Le pido disculpas, doña Juana. –Mi madre se llevó un mechón de pelo rubio y rizado tras la oreja–. Le garantizo que no volverá a ocurrir nada parecido. ¡Se lo prometo! ¡Esto se va a terminar, voy a tomar medidas!

Acto seguido, empezó a subir las escaleras hecha una fiera. Fue a decirnos algo, pero la rana, que tenía solo tres meses y medio por aquel tiempo, nos salvó haciendo lo único que sabía: berrear. Mi madre se calló de golpe, se quedó unos segundos con la boca abierta, cerró los ojos y se frotó la frente con las yemas de los dedos. Por último, respiró hondo un par de veces y...

–Luego hablamos –nos dijo, señalándonos con un dedo. El efecto que ese dedo me causó fue el mismo que si me hubiese apuntado con un cuchillo bien afilado.

Gracias a la rana llorona nos libramos en ese instante de una buena y me incluyo yo también sin tener nada que ver, porque, en mi casa, cuando uno de los dos hace algo, mi madre siempre lo paga con ambos, es así de generosa.

Se encerró en su cuarto con su hija y mi hermano lo hizo en el suyo.

Yo aún no sabía lo que había ocurrido y quise averiguarlo. Salí de nuevo al pasillo, pero allí me topé con doña Juana, que limpiaba su puerta con un trapo. Lo único que logré ver fue parte de lo que había sido una palabra. Ponía «ies», con la *s* como la enseñan los maestros durante los primeros años de escuela, es decir, que no tenía forma de serpiente.

Doña Juana levantó el mentón al verme y volvió la vista al frente ignorándome.